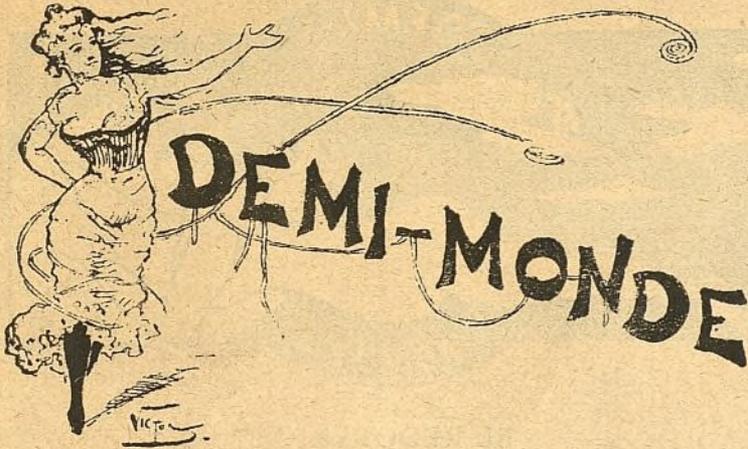


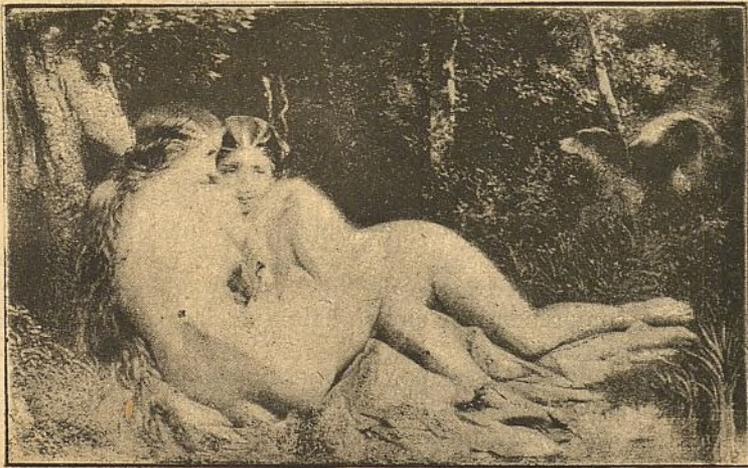
DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

Tomo 1

Núm. 12



10 CÉNTIMOS



Sorpresa.

2000

Ayuntamiento de Madrid



EL REDOBLICO

(CUENTO ARAGONÉS)

I.

Había entre tozudos baturros de Tarazona, una moza garrida y bella, que tenía por nombre Pilarica y por suerte la de casarse con un mozo muy cumplido para todo, pero tan inocente, que no se hallaría otro como él, aunque se piense que no hay ya muchacho de más de diez y seis años libre de malicias.

Nicolás tocaba la guitarra que era el *mismo* un primor, formaba en la rondalla, entonaba la jota por manera que daba gozo oírle y hasta había hecho con ramos de flores y ramas de árboles una hermosa *enramada* á su novia... pero todo sin *miaja* de malicia.

Como que la víspera de sus bodas con la Pilarica *andábase* el hombre cabizbajo y preocupado, pensando en lo que debería hacer al día siguiente, que sobre el caso ni había oído ni sabía palabra, y con esto se sentía temeroso de descubrir su ignorancia, porque, naturalmente, comprendía que el caso habría de dar para reír á costa suya más que sobrado tema.

¡Maño! lo que era á juzgar por las intenciones, buenas las tenía. No bien se hallaba frente á frente de su Pilarica, le daban ganas de andar con ella en atrevidas y un poco violentas pero juguetonas caricias, que á no ser por los respetos... ¡Pero los respetos!...

El caso merecía ser consultado con persona experimentada, porque lo que el mismo Nicolás se decía:

—¿He estado yo casado alguna vez? ¡Me valga Dios que no! Pues ¿cómo tengo de saber lo que es del casorio? Ande, que ya me lo dirá el señor cura, y más que no me lo diga, sólo en pensar que habré de arrecostarme al lado de aquel lucerito del cielo se me alegra todo el cuerpo, y algo bueno será esto del casorio cuando todos me dán los parabienes de que me haya de casar con Pilarica!

Pero el cura nada le dijo; le tuvo arrodillado junto á la novia, les dió la comunión, les echó las bendiciones... y no hubo más, fuera de aquellos latines que hubo de leer el tonsurado, y que ni Pilarica ni mucho ménos Nicolás entendieron.

El caso fué que la moza lloraba; la madre, el padre y la tía de la moza lloriqueaban también... y Nicolás al verlos se hallaba sumido en una extraña confusión...

—¿Pus á qué es tanto *espamento*...? ¡Recaño! ¡á qué les vendrá esa lloradera! Más *quisá* yo que me dieran de palos que no ver estas *gimotás*. ¿Si pensarán que vamos á andar todo el día de riña ella y yo... y que he de darla riñones para comer, riñones para cenar y á todas horas?

—¿Qué te pasa, hombre, que estás tan abrumado? le preguntó en esto su padre, al verle con aquella cara recelosa y pensativa.

—¿Qué me tiene de pasar? Que todos lloran como si me fuera yo á comer á Pilarica esta noche, cuando me caiga aquí *mismo* hecho un ovillo si sé yo lo que me corresponde hacer.

—¡Cómo! ¿Ahí estamos, maño? ¡Pues qué! ¿no sabes ni para qué te casas?

—Claro, que no lo sé; como que es cosa que no se enseña ni en la escuela ni en la doctrina.

—¿Pero algo te imaginarás tú?..

—Claramente; algo me *magino*, pero...

—¿Y qué te imaginas?

—¿Qué me *magino*?... ¿Me dá usted licencia?

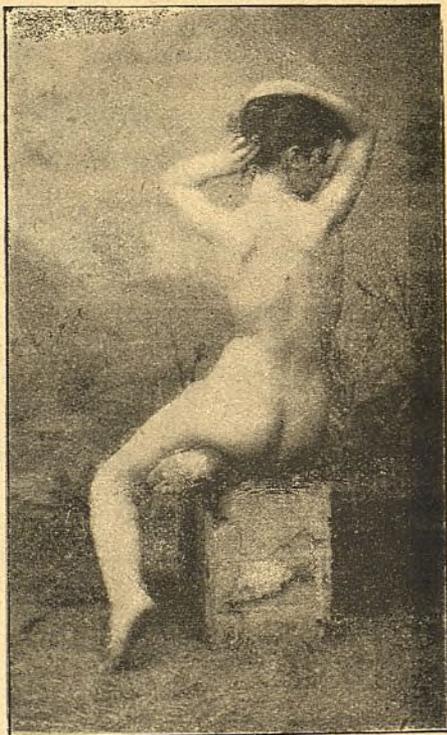
—Si, hombre: habla.

—Pues me *magino* que esto del casorio... pues... será dar á la mujer abrazos y besos de recio... Con toda la fuerza de que sea uno capaz.

De Dios le viniera el remedio al padre de Nicolás, el cual comprendió que su hijo era más salvático que él, y aunque pareciera extraño, se creyó en la obligación de sacarle algunas íntimas y necesarias advertencias para el caso. Pero tuvo que emplear tales circunloquios, y las entendederas del mozo eran tan poco despiertas, que al fin hubo el padre de componer sus explicaciones en forma

algo más clara.

—Mira, Nicolás,—le dijo; no me vayas á salir un brutazo... Las mujeres son muy endeblicas, y hay que tratarlas con modo... Tú te quedarás solo con ella en el cuarto, y así, con mucho cuidado, te vas acercando y la pasas el brazo por la cintura, y la *tomas* una de sus manos y la das en ella un besico... Luego ajuntas tu cara á la *suya*, y otro besico, y otro...



Cuerpos artísticos.

—¡Anda que Dios! ¡y una disparada de ellos!—contestó con exagerado contento Nicolás. Estaba visto; había que poner en razón el entusiasta cariño de Nicolás. Ya con sólo mirar al mozo, aquel su cuerpo gigante, aquellos sus puños de hierro, eran de temer, no ya los golpes, sino hasta las caricias que él prodigase. Por lo tanto, el padre, que por más señas era tamborinero, tuvo una idea felicísima.

¡Pero qué no *maginará* un padre por dirigir bien á sus hijos!

La idea fué, que según le dijo, él no andaría muy lejos de los novios, y podría recordar á su hijo los consejos que le había dado.

—Mira, yo estaré en la calle, y cuando me parezca, daré un golpe en el tamboril, y tu entonces darás un beso a tu mujer, y así, otro tamborilazo y otro beso. ¿Comprendes?

El chico prometió sujetarse en todo al tamboril paternal.

II.

Y hubo de ocurrir en un principio tal y como el padre deseaba.

Los novios, una vez terminada la fiesta de boda y el baile, se quedaron solos en su nueva casa. Nicolasón rodeó con su brazo la cintura de Pilarica; ésta, ruborosa y sonriente, no opuso sino una poca y débil resistencia, y el mozo aguardó que sonara el tamborilazo...

«¡Allá voy!» se dijo, y dió un beso á su novia. Nuevo tamborilazo y nuevo beso. Y á cada tamborilazo y á cada beso, la sangre de Nicolasón se enardecía, pareciéndole al novio que era muy lento aquel compás.

En esto, el padre del novio que en la esquina de una callejuela se hallaba con su tamboril á la cintura, dando de tiempo en tiempo un golpe con el palillo, oyó que su hijo le decía con un terrible vozarrón:

—¡Padre! ¡Recaño! ¡Eche usted un redoblico!

JOSÉ ZAHONERO.

EL TEATRO

—Está el señor empresario?

—Servidor.

—Muy buenos días; yo soy Trinidad Conejo, y esta muchacha es mi niña, Queremos...

—Usted dirá,

—Entrar en su compañía.

—¿Pero usted?...

—Yo, no señor;

quien quiere entrar es mi hija,

¿Si viera usted como canta?

Tiene una voz superfina.

Canta un poco.

—No, señora;

si basta que usted lo diga.

—¿Pues y declamando? Vamos,

no hay en el teatro *actrixa*

que la iguale; la Mendoza

se queda así pequeñita.

Ahora, como está delgada,

al pronto no se adivina;

además...

—No, si es inútil,

señora, que usted prosiga

Yo no puedo contratarla.

—¿Porque razón?

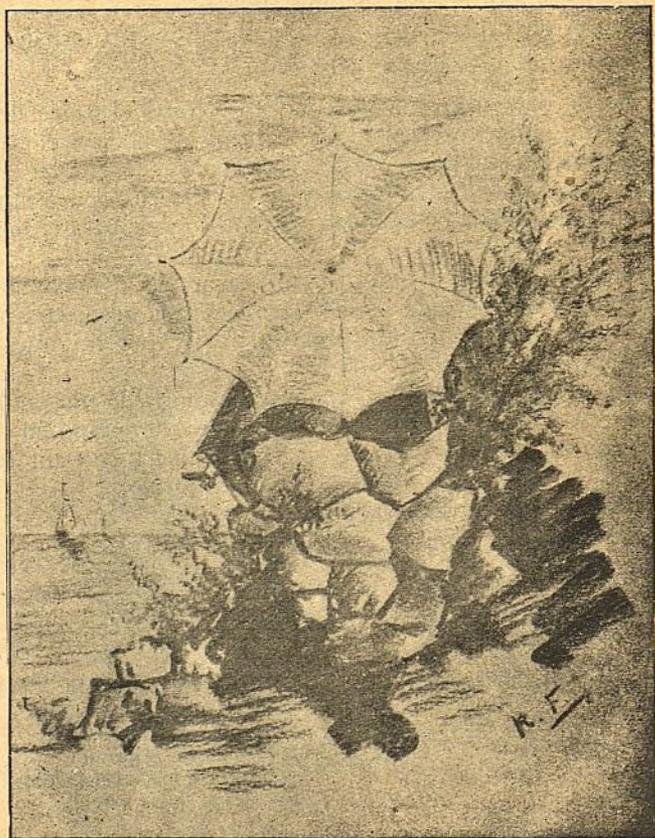
—Bien sencilla

le falta lo principal;

unas buenas pantorrillas.

A. R. BONAT.

COLOQUIO ECLIPSADO



*Ante la inmensidad, profunda de la mar,
llegaron Paco é Inés de ardiente amor gozando
y así los dos subidos, el Paco iba arrimando
su testa á la de Inés cansados de... jugar.*

RAREZAS

Era un hombre muy excéntrico.

Tenía caprichos raros.

Un día le encontré comiendo arroz con barquillos.

Otro día le vi bañándose en la fuente de la Puerta del Sol, y claro es que los guardias de Orden público acudieron á hecharle la sábana.

Pero todas estas rarezas nada significaban comparadas con otra.

De la noche á la mañana se casó.

Ninguno de los que conocíamos al marido conocíamos á la novia; esto es, á la mujer.

El era hombre de treinta y ocho años, y la mujer había cumplido veintiuno.

Pero ¡qué mujer!

Aquello era para enloquecer á cualquier hombre; digo, aquélla, porque lo demás es hablar sin propiedad.

No he visto mujer tan hermosa, tan completa y tan perturbadora como ella.

Casó enamorada de Fulgencio, según supe después.

La enamoraron las rarezas de carácter del que había de ser su marido.

Habían pasado dos meses desde el día de su boda, cuando tropecé con él en la calle.

No habíamos sido amigos ni hacíamos más que saludarnos, como se saludan tantas personas.

Nos habíamos conocido un día en un restaurant, donde hablamos con motivo de la muerte de un camarero á quien ambos habíamos tratado en aquel y en otros establecimientos de la misma clase.

Y no nos volvimos á encontrar en algún tiempo.

«¡Adiós!... ¡Adiós!»

Y no pasó de ahí nuestra conversación desde aquel día.

Cuando le encontré después de casado, se detuvo y me saludó con más amplitud que solía.

—Ofrezco á usted mi nueva casa, en la calle... núm...

Y me entregó una tarjeta.

Antes de leer pensé:

—¿Será callista, ó qué?

Pero nada decía la tarjeta.

—No quisiera que tomase usted este ofrecimiento como deber de educación y de cortesía, sino como invitación verdadera y amistosa y para comprometer á usted á visitar mi domicilio y saludar á mi

señora, que es una verdadera maravilla por todo.

Para galantería me pareció excesiva, y como leal y sincero ofrecimiento, lo juzgué exagerado. ¿Qué amistad le unía á mi?

Me exigió palabra de visitarle, y á su señora, y nos despedimos.

Pero volví á encontrarle, transcurridos algunos días, y volvió á insistir, y lamentó que yo hubiera faltado á mi promesa.

Y, por último, casi á la fuerza me obligó á que le acompañara hasta su casa, y, lo que es más, que subiera.

—Suba—me dijo ya en la escalera—con el fin de presentarle á mi esposa; pero yo me marché en seguida, y ahí le dejo á usted.

Y, efectivamente, me acompañó y dijo, presentándome á aquella diosa:

—Aquí te traigo á mi amigo Fulano.

La mujer me saludó muy atable, y yo correspondí al saludo.

—¡Qué franqueza la de este hombre tan inexplicable!--pensaba yo.

A los pocos minutos se despidió, diciéndome:

—Ahí se queda usted, amigo: yo necesito salir; el tiempo apremia, y...

Y se fué.

Quise acompañarle, y la esposa me retuvo.

—¿Tan mal se encuentra usted á mi lado?—me preguntó con dulzura y sentándose junto á mi en tal postura, que no sólo pudiese yo adivinar algo sin datos, sino con fundamento.

—¿Es ésta una encerrona para reventarme?—pensaba, sin hallar explicación á la amabilidad, ya comprometedora, de aquella mujer.

Y luego me ocurría:

—¿Pero qué daño he causado yo á ese hombre para que procure mi ruína? ¿Y qué otra cosa puede ser?

Por fin, no tuve más remedio que prescindir de filosofía y dejarme perder.

—Suceda lo que suceda—me dije; aunque me maten.

Porque todo lo merecía aquella mujer, sepeñosisima á todas las mujeres, para mí.

Lo vi, lo vi, y aun lo dudaba.

Excuso decir que intenté volver á verla.

Pero fué inútil; no me recibió.

Y yo no creía «haberla faltado», sino por el contrario.

Por lo menos, así lo decía entonces ella misma.

Un día penetré el misterio.

Eran rarezas del marido.



—¿Estoy bien ó estoy mal?

¡FIATE DE LA VIRGEN!...

Cierto día mi novia me decía
virtiendo amargo llanto:
Si á olvidarme llegarás, moriría,
¡porque te quiero tanto!
tanto, que para mí (será locura,
más Dios lo sabe bien),
*sin ti el mundo es un valle de amargura
y contigo un edén.*

—¡Tú morir! exclamé puesto de hinojo
no temas no Leonor;
jamás te olvidaré, luz de mis ojos;
lo juro por mi honor!—
y en sus ardientes labios dejé un beso
que causó mi delicia.
(Conviene hacer constar qu^é hice este
(exceso
sin pizca de malicia)
Felices desde entonces, sin porfías,
sin cargos ni reproches,
pasábamos las noches y los días;
¡qué días y qué noches!
más com:tió una falta que no cito,

y yo, triste de mí!
la pegué una páliza... ¡Estaba escrito!
lo quiso el cielo así!

.....
—
¡Ya en tus ojos, los míos mancebos
gozarse no podrán.
ni nuestros labios dulces juramentos
de amor formularán!
¡Ya cumplida estará la profecía
que un día te escuché:
ya estarás en la gloria, vida mía,
pronto te seguiré!
Así clamaba yo (nunca lo olvido)
gimiendo sin cesar,
en cierto callejón muy conocido
que no quiero nombrar,
cuando al volver el rostro ¡Dios clemente!
¡vi salir á la vil!
de un portal *tres marraís* con un teniente
de la Guardia Civil!...

J. L. S.

NEUROSIS

¡Qué hermosa estaba!...

Su rubia caballera flotaba dulcemente por su espalda, sus ojos azules y soñadores miraban al cielo con una espresión de nostalgia infinita; el aire soplaba tenuamente sobre sus rizos de oro, haciendo que la luz de la luna titilase en ellos, arrancándoles reflejos purpúreos; su hermoso busto descansaba en la barandilla del balcón, y sus manos delgadas, descarnadas, finas, cruzadas en actitud piadosa, semejaban las de las divinas vírgenes que en sus sueños entreviera Miguel Angel. De las calles lejanas á nuestro retiro, llegaban, confusos, alterados, disminuidos por la distancia, esos mil ruidos que oídos á lo lejos y en medio del silencio de la noche, más bien parecen el aleteo de la sangre de un monstruo apocalíptico, inmenso, que los que durante el día hieren nuestros oídos.

Yo dejaba escapar por mis labios, en voz baja, muy baja, entusiastas frases de amor; ella fijaba su mirada vaga con los puntos brillantes del espacio, y con sus rosados dedos golpeaba á compás en la baranda del balcón; de pronto se volvió hacia mí, y mirándome con aquellos ojos tan dulces, tan diáfanos, que á través de ellos cre-



—¿Quiere usted venir conmigo
y escuchar mi petición?...
—¿Qué desea, buen amigo?
—Pues... colocarle un abrigo
en el hermoso Rincón.

ía yo percibir su alma, un alma buena, hermosa, habiendo aquella boquita tan diminuta, dejando ver sus dienteillos menudos, blancos, de una uniformidad perfecta, me dijo:—¿Conque me amas con delirio?—¡Oh, sí!... Mira... ¿ves aquella estrella que luce á lo lejos?... Bien... yo sé que es el alma de un amante muerto, que se asoma desde la eternidad al mundo por contemplar á su amada,... pues por esa alma feliz que nos contempla, te juro que te adoro! Ella me miró de hito en hito, y soltó una carcajada, que turbó el silencio de la solitaria calle; yo entonces me quedé helado, mudo de espanto: me parecía absurdo, increíble, que en aquel divino cuerpo estuviese

encerrada un alma capaz de burlarse de los más puros y sublimes senmientos; me despedí de ella y al cruzar el salón del piano me detuve; en los dorados candelabros espiraban los restos de las velas que alumbraban la habitación; el titeleo de la luz producía en los rincones un medroso oscilar, y la luz al avanzar y retroceder en su lucha con las sombras, que al parecer, atemorizadas se acogían á los ángulos, fingían las raras figuras de tragos y duendes, de mónstruos y quimeras; mis espantados ojos se fijaron en la luz que saltaba y se retorció de dolor y de ira, al ver avanzar desde los oscuros rincones, los mentidos ejércitos de la sombra, en tanto que ésta lamía en largas lengüetadas el techo de la estancia, y recogién dose en sí misma, como tigre al arrojarse sobre su presa, se desplegaba rápidamente después sobre su moribunda y tenaz enemiga; el bailoteo incesante de la luz y las quimeras de la sombra, herian mi ánimo y le llenaron de pavor, y cuando aterrorizado, sintiendo ya sobre mis carnes los frios tentáculos del oscuro mónstruo, que habia logrado con sus frios y largos brazos sin forma, ahogar la luz; cuando en el paroxísimo del terror iba á echar á correr en busca del aire y de la claridad que allí me faltaba, oí, clara y distinta una voz femenil, la de mi amada, que con entonación de enojo murmuraba:—¡Gracias á Dios que se fué!... ¡Que estúpido!... ¡Pues no decía que Mercurio es un amante que contempla á su amada!... ¡Hábrase visto el necio!...

JOSÉ DE CUÉLLAR.

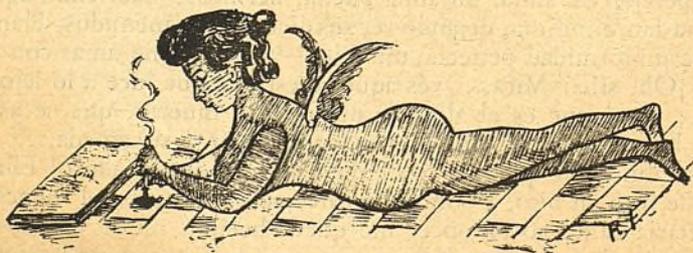
SONETO

Intranquilo esperaba en Alicante
del tren correo la marcada hora,
cuando entró en la estación una señora
que se hallaba en estado interesante.

Al mirar aquel bulto exorbitante
del que era fatigosa portadora
deduje, con razón observadora,
que el autor en cuestión fué muy so-
(brante.

En poder facturar cifra su apuro,
y á toda costa por lograrlo intriga
armando con los mozos un conjuro,
y al decirme, vendiéndose de amiga:
—¿Tendrá exceso de peso?—Es lo seguro
le dije contemplando su barriga.

JULIO DE LAS CUEVAS.





—No me conviene, saque otra pieza
y pueda que me convenza.

LAS LIGAS DE MI MORENA

Era tarde de toros. Yo ocupaba mi respectivo asiento en el tendido á que estoy abonado.

Currito acababa de dar una estocada de primera, y en un momento de entusiasmo por mi gallo predilecto, al hacer un gesto de admira-

ción, levantando á la par los ojos al cielo, vi...

Apoyado en los hierros de la delantera de un palco, mal oculto por la ceñida falda de raso, vi un lindo manojo de azucenas aprisionado en fresco capullo de encarnada rosa. ¡Que pié ¡Que pié! tan monísimo! y sobre todo, ¡qué alrededores!

Subí mi vista (exteriormente, se entiende) para buscar el busto sostenido por tan divina base, y me encontré con unos ojos que arrojaban torrentes de lava, y un óvalo de morena tez, que envidiarían los angeles del cielo, coronado por brillantes bucles de negrísimo azabache.

—Mi admiración no tuvo límites.

—¿Ha visto Vd. que piés?—me decía el que tenía al lado.

—¡Me los comía!

—¡Hombre!...

—Dispense Vd.; estaba distraído.

—Mi compañero se refería al toro.

Durante la lidia no *quité ojo* al palco en que se encontraba el objeto de mis ansias. Otras tardes, la menor ráfaga de viento me colmaba de desesperación, porque impedía á los matadores *pasar* con arreglo al arte; la tarde aquella hubiera dado mi vida por transformarme breves instantes en huracan.

¡Con qué interés seguía yo los movimientos que el aire imprimía á los bajos de su vestido!

Terminó la corrida, y apresuréme á tomar un puesto junto á una de las escaleras de bajada.

Pronto distinguí *los piés* que habían empezado á enloquecerme; pero la mucha aglomeración de gente me impidió hacér nuevos descubrimientos.

No obstante, á trueque de varios empellones, pude seguir á su hermosísima poseedora.

Llamó al cochero que esperándola estaba, y como aquel á quien con una ligera sonrisa se le deja entrever un mundo de ilusiones, mi bella desconocida, al poner el pié en el estribo, dejóme adivinar con un solo movimiento de su falda, un mundo de bellísimas realidades.

Cuando me disponía á tomar otro coche para seguir el suyo, noté que se le había caído un objeto.

Poniendo mi vida en grave riesgo (por los muchos vehiculos que allí circulaban) arrojéme frenético sobre él.

¡Era una liga! Una liga de seda y goma, color azul-turquí, con finísimos broches de oro (al parecer), y grabada en ellos esta solo inicial: O.

Por muy listo que quise andar para devolvérsela, su coche ya se había perdido de mi vista.

¿Dónde encontrarla?

Pasaron tres meses, en los cuales apuré todo género de recursos para recobrar la calma perdida, pero inutilmente; mis ojos no volvieron á *tropezar* con aquellos piés.

Hasta estuve tentado de anunciar en *La Correspondencia* el hallozo de la liga.

Y ¡qué extremos! ¡A qué expansiones de cariño me entregaba yo en presencia de tan invaluable tesoro!

Una lluviosa tarde de el mes de Enero, en que triste y meditabundo pasaba yo por la calle de Espoz y Mina, mirando al suelo según mi costumbre, como queriendo hallar en él la compañera de mi susodicha liga, quedéme de pronto sorprendido y estático ante la puerta de unas de las lujosas tiendas que existen en la citada calle.

—¡Oh! exclamé, presa de la mayor alegría. ¡Ellos son! ¡Ellas son! ¡Ella es! ¡Oh!

—Mande V. caballero.

—¡Ah! ¿Se llama V. O?

—Ese es mi nombre.

«¡Precioso!» iba á replicarla; pero no me dió lugar, porque al subir en un coche *simón* que por allí pasaba, se la desprendió... ¡la otra! ¡la compañera de la *joya* que yo poseía!

Esta vez fui mas afortunado, y tomando otro, pude seguir su coche.

Llegamos al barrio de Salamanca, donde sin duda vivía, y á la mañana siguiente recibió esta carta mía:

«Señorita: Tengo el honor de ofrecer á V. las dos ligas que ha perdido, y con ellas el alma que me han robado, X.»

A los dos meses nos tomábamos los *dichos* en la vicaría.

Soy feliz pero bueno es hacer notar que me han cazado como se caza al más incauto pajarillo.

¡Con liga!

C. P.

♦♦

—Mire usted el retrato de la encantadora Z.

—¡Qué idea tan desgraciada ha tenido de hacerse retratar con un vestido tan cerrado de arriba!

—Tal vez haya querido que no la conozcan.

CREMA BRILLANTE

Miel Blanca

Ha llegado de París la *Crema Brillante* única y verdadera restauración del cutis sin ningún peligro; devuelve su primitivo color y hermosura de juventud, recomendada por distinguidas notabilidades de París, reuniendo todas las principales condiciones para favorecer el bello sexo, siendo la *Crema Brillante* la más importante y económica, de cuantas se han conocido hasta hoy por su solidez en el cutis, conservándose en el mismo estado por el término de 24 horas. El que use la *Crema Brillante* a los 15 días queda emblanquecido completamente el cutis, saliendo el color sonrosado natural. La *Crema Brillante* suaviza instantáneamente no conteniendo ninguna sustancia nociva á la salud; pudiendo también utilizarse para lavarse.

Probadlo y os convenceréis de sus hermosas cualidades.

Representación en España: Ronda de San Pablo núm. 8, librería
De venta en las principales perfumerías de España.

Frasco de 1'50, ptas. de 3, y de 6 ptas.

DEMI--MONDE

ÓRGANO DEL BELLO SEXO

Periódico semanal, festivo é ilustrado

Se publica los viernes y colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona Trimestre.	1'25 pesetas	Extranjero y Ultramar. Semtre. 5 pts.
Provincias »	1'50 »	» » año. . 9'50 »
» año.	5'50 »	

NÚMERO SUELTO 10 CÉNTIMOS

Los señores suscriptores recibirán todos los números extraordinarios que se publiquen. Las suscripciones se sirven en sobre cerrado.

Toda la correspondencia tiene que dirigirse á la Administración Ronda de San Pablo número 8, librería.

«Imprenta del DEMI-MONDE»